TIROS EN EL CONCIERTO*

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

a Octavio Paz

¡Qué me importa!, con tal de tener algo *que hacer por la mañana y de estar en* algún sitio *por la noche.*
Sainte-Beuve

(Función de ópera en la Ciudad de México, alguna noche entre 1930 y 1950 del siglo V).

Ya habían dado las ocho cuando el coche paró ante la puerta del gran Teatro Lírico de la Ciudad. Un golfillo se apresuró a abrirle la puerta a doña Manuelita Mota de Reyes, quien se sonrojaba al imaginar la cola de su vestido de seda arrastrándose sobre la deshilachada alfombra del pasillo de plateas.

Don Alfonso Reyes se sentía cómodo en su frac. Devoto de Séneca, suponía que una dosis justa de vida social templa el espíritu. Vigilando que doña Manuelita, su esposa, no tropezara, alcanzó a saludar a Pepe Vasconcelos, quien dubitaba en la acera de enfrente. Es probable, pensó Reyes, que Pepe espere a una amante y aguarde el inicio de la función para entrar inadvertido pero en buena compañía. "La soberbia", meditó don Alfonso, "es solamente el camino más largo hacia la tontería. El buen Pepe cree que Vasconcelos puede pasar de noche."

Desde principios del siglo V, el Gran Teatro Lírico, como todas las buenas salas de la capital, contaba con alumbrado eléctrico e incandescente. No obstante, el ayuntamiento exigía conservar algunas lámparas de petróleo, aceite o acetileno para paliar interrupciones motivadas por la impericia humana ante la electricidad, fuerza generosa que, existiendo en potencia, había esperado milenios para ponerse en manos del burgués.

Todavía disponemos de media hora antes que dé principio la función de ópera. Como por casualidad, dan el *Fausto*, de Charles Gounod, en la estulta versión ofrecida por una compañía italiana de tercera categoría que lloraba como barítono, en México o Buenos Aires, lo que no había sabido cantar como tenor en la Scala o el San Carlo.

El vestíbulo, *foyer* para los afrancesados, era amplio y hermoso. Todavía, a la manera del siglo anterior, ofrecía mesitas para que los *dilettanti* y sus bellas damas no pagaran la puntualidad con la fatiga. Allí se reunían, como el batallón que limpia sus pistolas antes de pasar al asalto, los compadres del *parterre*, aquellos *happy few* para los que sólo hay una cosa superior a la Música. Hablar de Música.

Temo advertirles que pocos de los personajes cuya llegada esperamos son verdaderos melómanos. Pero en una sociedad imperfectamente tiránica, como la mexicana entre los años treinta y cincuenta del siglo V, las bellas artes ofrecen un cálido refugio al conspirador y al ciudadano. Nuestro público, antes de la Revolución de 1910, que dio al traste con el Antiguo Régimen, era una reunión de ociosos. Pero en la época en que transcurren estos graves acontecimientos, los ociosos no pasaban de veinte ancianos. Hombres (y algunas mujeres) de ese breve e intenso tiempo se creían predestinados por una misión: la redención por el alfabeto o mediante la pintura mural, la resurrección de los ídolos prehispánicos o la imposición de los héroes soviéticos. Incluso aquellos que creían en la Poesía Pura sólo creían en ella. Y es que tras el azote de una guerra civil, la imaginación se refugia en la política. Cómo evitar otra revolución o cómo provocar la siguiente. Y esa clase de gente, intelectuales y artistas, son por fuerza, mundanos. De la torre de Marfil al teatro no media gran distancia.

Don Alfonso sonrió al ver llegar al licenciado Jaime Torres Bodet, en compañía de su esposa. Informado de la probabilidad de que el embajador de la Francia se dejara ver en el estreno de la Obra Maestra de Gounod, don Jaime lucía, impolutas en la solapa del frac, las palmas académicas recién conquistadas... Los matrimonios se encontraron. Doña Manuelita cometió la primera de sus imprudencias en una noche en que éstas abundaron. Preguntó la señora Reyes por sus hijos a una pareja rea de sospechosa infertilidad. Don Alfonso miró al techo implorando la misericordia de Zeus.

* Capítulo final de *Tiros en el concierto. Literatura mexicana del siglo quinto* que Ediciones Era publicará próximamente.

Pequeño, vestido sin ostentación, Martín Luis Guzmán entra, sin compañía, al vestíbulo. Un veterano de 1910, como él, no luce sus medallas guerreras entre civiles. Acaba de prohibir al Arzobispo de México la exhibición anticonstitucional de sus ropas talares en la Academia. El liberalismo, que conste, también es cuestión de etiqueta. Reyes respira al ver a su viejo camarada. Y lo envidia, pues como Martín Luis aprendió en la República Española que se puede y se debe prescindir de las esposas en ocasiones informales, don Alfonso se le acerca con la admiración del niño ante el héroe. Doña Manuelita tiende la mano a Guzmán y le pregunta, ahora sí con certeza, por su abundante prole...

—Sin novedad en el frente. Reina la calma en casa. Mi mujer gobierna, su servidor reina... —dice Martín Luis mientras bisbisea a un grupo de políticos que irrumpe groseramente en el vestíbulo. El teatro, para Guzmán, es la extensión de la política por otros medios. Nunca fue tan risueña la Comedia Francesa como cuando se presentó *Colette Baudoche* durante el primer año de la Gran Guerra.

Los Reyes y los Torres Bodet suben hacia el piso de palcos y se cruzan en las escaleras con los doctores Azuela y González Martínez. "Entre médicos no se curan", se le ocurre a don Alfonso, quien se apena por el Bobo que lleva dentro.

Guzmán se aparta. Utiliza el palco del Señor Presidente de la República, quien lo cede gustoso al Protagonista de la Revolución Mexicana, quien va solo al teatro, sin desear otra compañía que la de los fantasmas.

El vestíbulo bulle de entusiastas un tanto retardados. Acomodado en su palco, Torres Bodet tuerce la boca al ver llegar a esos poetas tan amigos suyos en la juventud: Villaurrutia, Novo y Gorostiza. "Al ostentarse entre el público de plateas, esos vividores me ofenden. Alardean de no haber pasado por sus abonos de palco a mi despacho. Escupen en público la mano que en privado besan", sentencia *sotto voce* el funcionario.

Hijo de un empresario de óperas, Torres Bodet piensa mal. El Gran Teatro Lírico, fue, en sus antañones comienzos, una sala de abonados donde cada familia ilustre compraba a perpetuidad el palco, como lo hacía con la tumba y el tendido. Pero a los aristócratas de la patria los barrió la Bola. La Secretaría de Educación Pública, en contubernio con el Sindicato de Acomodadores, usa a discreción política esos palcos que, de facto, ya a nadie pertenecen. El director de la Gran Ópera Mexicana, monsieur G. Kleinburg, sufre al ver a los villamelones en los palcos mientras que abajo se apretujan los *dilettanti*.

Salvador Novo, con su peluca de zanahoria, bromea con Pellicer sobre los sobrinos que la maledicencia les atribuye.

—Si tuviésemos la multitud de ahijados que nos endilgan, ya tendríamos un hospicio digno del Padre Ponce.

—Nuestro único orgullo será el nepotismo —aclara Pellicer, que ya se sueña Senador de la República.

Jorge Cuesta, que prefiere palco, saludó a sus amigos y subió. Detesta la incomodidad de esas butacas de caoba con sus cojines de tafilete rojo, roídas por el uso. La música requiere de abstracción. Un mal vecino puede arruinar la mejor audición... Y el crítico meditaba cuando vio entrar al panzón Diego Rivera con su ex-mujer, Lupe Marín. "Ya nada más falta que metan en camilla a Sufrida Kahlo y tendremos el *red set* en pleno."

Tarde, muy tarde, entra José Revueltas y se sienta donde puede al fondo de la sala.

Instrucciones de emergencia. El teatro tiene cinco puertas: la central y cuatro laterales, de las cuales dos corresponden a los palcos intercolumnios, sobre los cuales aparecen en sus solios los bustos de los Ingenios Mexicanos. "¡El jorobado Ruiz de Alarcón y Gorostiza el Bueno!", grita Novo, para que lo escuche José Gorostiza, quien espera a su hermano Celestino.

El telón de boca, obra del entendido pintor Rivere, representa la gran Plaza de México con la columna de la independencia al fondo del Paseo de la Reforma. El otro telón, de entreactos, es rojo, con arabescos, cordones y flecos en el extremo de la cortina y tres grandes medallones en su centro, con hermosas figuras que representan, cómo no, a Melpómene, Talía y Tepsícore.

En el foso, una orquesta nativa desafina y desafinará cuando comience la calma introducción al *Fausto*, que a obertura no llega. Empeñoso, el primer violín, el Paganini de la Tierra Caliente, daba instrucciones a sus músicos. Este gran amateur fue reclutado por Silvestre Revueltas en una gira del Partido Comunista. Lo convirtió en músico sinfónico tras una borrachera garibaldina. El violinista buscó en la cuerdas, ora el amor, ora lamentos de amor sublime, ora ruidos guturales. "Camarada", lo consoló Silvestre, "has dominado los rebuznos de un jumento. Exageraste cuando te dije que el Arte imita a la Naturaleza y no al revés. De tu Arco sale la voz de la burra de Balaam".

... El telón levantóse.

A la velada luz del escenario se podía ver la clásica decoración de una biblioteca de alquimista. Envuelto en un ropón monástico, con rizada abundancia de barbas grises y temblores sublimes, el doctor Fausto cantaba, decepcionado de la Ciencia, poniéndose sobre el corazón la mano en la que destellaba el anillo diamantino de la Sabiduría. No cesaba de entrar el público a palcos y plateas. En el Gran Teatro Lírico no se imponía aún la disciplina británica que manda cerrar puertas sin contemplaciones a los morosos que no atendieron la segunda llamada... Ocurre que el teatro seguía siendo una extensión de la sociedad, espacio tan

doméstico donde se amaba, se dormía o se conspiraba. Quien iba sólo a oír música se aislaba, gracias a la templanza del espíritu, del mundanal ruido del villamelón.

En los antiguos palcos de abonados iban apareciendo los diputados, los mílites y los millonarios favorecidos por el Nuevo Régimen, en la horrísona compañía de sus señoras, que lucían los proverbiales peinados postizos y gigantones. Las damas todavía no miraban a Fausto, sino a Salvador Novo, cuya peluca color zanahoria miraban con azoro, como quien ve caer del árbol un fruto inmaduro, arrojado al vacío en un momento harto inoportuno. Y Novo causaba rumorosa inquietud entre los jóvenes atildados, disfrazados de piratas del Boulevard, apenas estigmatizados por el bozo.

Jorge Cuesta se estremeció cuando el director concertador pidió metales, creando ese pavor sobrenatural que hace temblar a Fausto como un arbusto movido por el viento. Mefistófeles aparece en el foro, brincando como un saltimbanqui, vestido de rojo el muy Diablo y con su barbita de *bel cavalier*. A Cuesta le irrita estar emocionado ante ese vodevil que Carlos Chávez jamás presenciaría. ¡Qué no daría por ver *El castillo de Barbazul*, de Bela Bartók! En fin. Había que conformarse con esa poderosa voz del bajo que encarnaba con más emoción que eficacia a Mefistófeles, quien sacudía a Fausto mientras las plumas verdes del gorrito demoníaco oscilaban fanfarronamente.

Al acercarse al antepecho, Vasconcelos, con toda intención, movió su silla. El teatro entero miró hacia su palco. Hasta el canto fáustico pareció bajar de tono ante la mirada desafiante del Maestro de América, quien le decía a la Raza Cósmica, "no soy maestro de nadie. Ningún título puede prohibirme mostrarme en público con la mujer que me dé la gana." Pero ése era el problema. ¿Qué fémina acompaña esa noche a Vasconcelos? ¿Adriana, la condesa de Saint-Exúpery o la mismísima Antonieta traída de los infiernos? Nadie alcanzaba a distinguir los rasgos de la acompañante del antiguo Rector de la Universidad, convenientemente situada tras el profeta, quien con su antifaz natural; de mapache, retaba a quienes en mala hora enseñó a leer.

Confortado por el silencioso escándalo, Vasconcelos se concentró en la ilusión escénica que dibujaba a Margarita hilando el lino, deslumbrada por esa luz eléctrica manejada con impericia por la tramoya. Vasconcelos, quien en realidad era un sentimental, acabó emocionándose con la helada blancura de la heroína. "Una mujer que no educa a su hombre, lo pierde", pensó, mientras escuchaba, en ese preciso momento, a Fausto pidiendo para sí todos los placeres del mundo.

Don Alfonso miraba fijamente a Pepe, pues sólo un palco los separaba, tomándole el pulso a sus emociones. El *Fausto* de Gounod se lo sabía de memoria y lo hallaba tan lejano al espíritu de Goethe que acabó cuchicheando con Manuelita sobre unas jóvenes de buena familia, casaderas, que brillaban desde el palco de la familia Fernández MacGregor.

Fausto, abajo, se transfiguraba, habiendo realizado el pacto al que debe su equívoca celebridad, y aparecía gordito, vestido de lila, cubierto de polvo de arroz y afusándose el rizado cabello. Cuesta no pudo más y salió al pasillo. "No cabe duda de que la cursilería es otro de los caminos al crimen...", se dijo. "La música que se ve y se oye en México nunca me ha servido para perfeccionar mi cultura musical, y ni siquiera para corregirla. Me he visto forzado a entregarme al placer sacando provecho de mi ignorancia y de mis errores musicales." Pero se acercaba el primer entreacto y había que sobrellevar la infamia patria con un *dry-martini*. Mefistófeles, que acababa de reírse de la pobre Margarita, se plantó ante el atónito Cuesta. Vestido con su traje de carácter, sudoroso, el tenor quería saludar personalmente al crítico que acababa de defender a su compatriota Ernest Ansermet del linchamiento patriótico.

El público se levantó con un rumor sordo y prolongado. Doña Manuelita se abanicó un poco intimidada ante la enorme araña de bujías eléctricas que pendía sobre quinientas cabezas. Don Alfonso, que todavía fumaba para escribir y no escribía para fumar, bajó al vestíbulo. Se topó con José Revueltas, quien ya bebía una copa de vino blanco helado y traía cuerda. Reyes, inmóvil entre una corriente de sedientos *dilettanti*, lo escuchó resignado:

—Estar en el *Fausto* de Gounod nos remite a esa novela de juventud, inolvidable, *El fantasma de la ópera*, de Gastón Leroux...

Don Alfonso sonrió bonachonamente ante esa referencia ligera y simpática en boca de alma tan endemoniada:

—Compañerito don Alfonso, recordará usted que la ópera de París, lo dice Leroux, está cimentada sobre las tumbas de los camaradas obreros que protagonizaron la Comuna de 1871, ese ensayo general de la Revolución Proletaria... Allí mismo fueron fusilados los comuneros...

Reyes, horrorizado, logró escabullirse.

—La revolución, como el fantasma de la Ópera —continuó Revueltas hablando solo— volverá a poner de manifiesto la grieta entre la concreción y la alienación...

En un claro del vestíbulo, Vasconcelos disertaba ante un público variopinto. La cortesía, una vez más, obligó a don Alfonso a detenerse.

—Todo el mundo —sentenciaba Vasconcelos— está de acuerdo en que la ópera es un género secundario en el cual los convencionalismos del teatro, el recitado y los arreglos en arias, romanzas y dúos, no producen otra cosa sino ridículo y más ridículo. Espectáculo para mujeres ociosas y poetas sin sexo...

—Pues muy ociosa tenías a tu movida que a la ópera la trajiste, musitó Julio Torri, cuya presencia en el gran teatro Lírico nadie había advertido.

Vasconcelos se hizo el desentendido y continuó su perorata que ya atraía a los periodistas, quienes se retiraron de inmediato cuando no oyeron maldiciones contra el señor presidente.

—...la música es la ley del espíritu en su ascensión hacia el absoluto. La sinfonía que inventó Pitágoras, como yo lo demostré, y Beethoven que la encarnó, expresan la armonía suprema del ritmo. En mi *Estética* me propuse...

Salvador Novo pasó por el corrillo y bostezó ostentosamente; Pellicer, a su lado, le dijo al oído.

—El maestro Vasconcelos es un hipócrita... en nuestra gira por Sudamérica lloraba cada vez que una niña provinciana tocaba al piano, en su honor, unas notas de Verdi o Puccini... Para no hablar de ciertos solos de trompetas.

Ante la amenaza de que Vasconcelos pasase de la *Estética* a la *Todología*, el licenciado Torres Bodet creyó oportuno interrumpirlo con la vieja táctica de fingir un dúo para callar a quien desafina:

—Beethoven y el doctor Fausto son almas contiguas y paralelas. Góticas ambas, padecen la misma sed; el infinito, que Fausto hubiese querido envasar en frascos, lo condensa Beethoven en tempestades...

Reyes fumaba. Respiró hondo y al terciar impuso esa sonrisa que nadie resistía, la del abuelo que llama a capítulo:

—Pepe, licenciado Torres Bodet, por Zeus, tengan ustedes consideración de las damas que nos acompañan y desciendan de las turbulencias metafísicas, pues provocarán una tormenta que nos empapará a todos... Si no es que los rayos del Olimpo no fulminan a alguien.... Marsias, el flautista, fue castigado por Apolo, que se las daba de barítono... Y tú, Pepe, desde 1917, te vengo suplicando que procures ser más claro en la definición de tu... filosofía. A veces sólo hablas a medias, ponte por encima de ti mismo...

—Hombre, Alfonso, creo que le pides demasiado a Pepe—, dijo Julio Torri.

Las ojeras de Vasconcelos se acabaron de oscurecer. Reyes siempre lograba apretarle el gaznate. Pero intentó responder:

—Tu fluidez y tu abundancia, Alfonso, son indefinidas, me hacen el efecto de un Haydn; manejas la sustancia del alma pero todavía no hallas que hacer con ella... A tus clásicos les falta la emoción cristiana...

—Y dale, Pepe... Yo vengo al teatro a distraerme, a pasear a Manuelita, a saludar amigos... El arte también es esparcimiento. Tú, que lo ofreciste al pueblo, no debes olvidarlo... Yo no tengo empacho en disfrutar de los géneros chicos, de Offenbach a nuestra bienamada Esperanza Iris...

Vasconcelos, perdida la batalla, reculó entre los *dilettanti*, ya convocados a regresar al *Fausto*.

Julio Torri separó a don Alfonso de la pequeña multitud que le preguntaba de todo un poco y le susurró:

—...te acuerdas de cuando nos metimos al Palacio de Bellas Artes con unas hetairas y tocamos sus instrumentos en cuarteto de cuerdas... el *pizzicato* de violín que le aplicaste a la celebérrima Quebrantahuesos ha quedado en los anales de...

—¡Julio, diablo, cállate por Júpiter Capitolino! Torri tomó el camino de su modesta butaca y se despidió, jocoserio, de Reyes:

—Mira, Alfonso, que de nosotros sólo Pedro Henríquez Ureña sabía de música... Pepe se quedó sordo de tanta pendejada que oyó en la Soberana Convención de Aguascalientes... y tú...

José Gorostiza había escuchado en silencio la conversación musical entre los ateneístas. Le comentó a Villaurrutia:

—Me puede que Jaime comparta esa chorcha humanitaria sobre música y destino. Leyeron a Romain Rolland, escucharon la quinta de Beethoven, se enteraron de que la Novena era un himno a la libertad y corrieron a explicarle el ritmo sinfónico a la indiada.

—La música, como la poesía, sólo es forma —acotó Xavier.

—Gide —continuó Gilberto Owen— es el único escritor contemporáneo que sabe de música. Toca Chopin y Schumann al piano. Aunque tiene, como todos, sus bajas pasiones, como Albéniz... ¿Dónde está Cuesta? Se habría divertido escuchando a Jaime el patético y a las tres gracias.

El joven Octavio Paz se acercó y dio con una frase que escribiría muchos años después: "La música prefigura un orden justo: el mundo de los acordes es el mundo de la concordia."

Y apareció, pálido, Jorge Cuesta.

—¿Qué te pasa? ¿Se te apareció el fantasma de la opera? —inquirieron sus amigos.

—No. Me visitó Mefistófeles en mi palco.

—¿Te dijo algo?

—Le pregunté quién era. Soy, me dijo, la fuerza que quiere hacer el mal y que acaba practicando el bien.

Acostumbrados a las salidas del más triste de los alquimistas, los poetas de la revista *Contemporáneos* regresaron a la sala en silencio.

Segundo acto. Comenzamos.

Revueltas, en la barra del refrigerio, se había quedado monologando con un camarada:

—A mi hermano Silvestre se le iba dando su música desde niño, en unas dosis perceptibles sólo por él, hasta morir devorado por el arte... El otro día regañé a mi hija Olivia por estar escuchando música nazi, Carl Orff, usted sabe... Cuando mi hijo Román me dijo que quería ser violinista, quise llorar... ¿El arte redime o destru-

ye? Ambas cosas. Eso dicta la dialéctica... pero no alcanzaremos la síntesis en la sociedad capitalista... ¿Y en la otra? Ya ve usted los problemas del compañerito Shostakovich... ¿sabía usted que la ópera de París está construida sobre...?

El segundo acto, que culmina con la zonza declaración de amor de Fausto a Margarita, se presta para las divagaciones del público. Quienes llegaron fatigados, duermen a sus anchas en el patio de plateas. Los gemelos miran más hacia los palcos que a la escena. Imposible saber quién acompaña a Vasconcelos. ¿Por qué el Mefisto subió a saludar al ingeniero Cuesta en el intermedio? Si los músicos desafinan, que tienen derecho, más vale salir por un helado de sorbete. El alma humana, en todo caso, necesita de cinco minutos de conversación tras una buena aria.

Nuestros personajes se hundieron en sus muy particulares pensamientos hasta el tercer acto.

Reyes pensaba que Gounod afrancesó a Goethe, llevándolo en esa ópera a la intimidad de la buena vida burguesa, le puso un soporte de vulgaridad populachera: ese ¡vals! medieval en la feria, la marchita patriótica de la Garde Nationale, el ballet para un bataclán erudito y los coros celestes, de un catolicismo rural y chabacano... Fausto, un estudiante atolondrado que se enamora por primera vez, Mefisto, un alcahuete de opereta que se viste de Diablo para ser fácilmente reconocido... No, los franceses no son un pueblo musical... Y él que acababa de reprocharle a Pepe sus anhelos proféticos... Con todo, descansaba.

Vasconcelos, sombrío, buscaba el imago de Antonieta en los palcos. Todo el teatro se interesaba en saber qué mujer lo acompañaba: Y sólo él lo sabía... la figura oscura y recatada que presenciaba la ópera era Serafina, su legítima esposa... Que otros escondan a sus amantes, él escondería a la madre de sus hijos... Mentir con la verdad... ¿Cuántas veces no lo había hecho?... ¿Qué música escucharía Antonieta en el purgatorio? ¿No escribió él que la catedral de Notre–Dame, sede de la blasfemia, sería también el escenario de su salvación, cuando los mismos ángeles le cantaran una misa de difuntos?... A esos pensamientos piadosos y atormentados, se sucedían otros, sensuales, vagamente eróticos, ¿no busca uno en la ópera la majestuosa visión de una mujer perfecta en el palco contiguo?... La vida artística, en fin, depende del impuesto a la tontería tasado por el príncipe a sus súbditos...

Las carcajadas de Mefistófeles atormentaban a Cuesta, el único que vivía la ópera como el reflejo débil, casi imperceptible, pero reflejo genuino, del drama de una conciencia intelectual, la suya, tan fáustica... ella.

Entre el pueblo del *parterre*, Revueltas volvía una y otra vez a Silvestre... A ratos dormitaba y la duermevela lo llevaba al ensayo donde vio a su hermano dirigir *El pájaro de fuego* de Stravinsky. Entraba por la parte trasera del foro y me detenía para no hacer ruido... Estoy rodeado, recuerdo, de los más extraños enseres teatrales, decorados de escenario, farolillos, diablas al ras del suelo, bambalinas, cortinajes, bastidores y las cuerdas gruesas de la tramoya. Un barco. Me encuentro en el puente de un navío solitario y fantástico abandonado por sus tripulantes, y todos esos objetos que me rodean no son sino fantasmas sin inteligencia, distantes esqueletos de los que alguna vez habrá sido la alcoba de Desdémona o el severo palacio de Anfitrión... el director golpea imperiosamente con la batuta al filo del atril... la orquesta termina por enmudecer a causa de alguna desafinación... Aprovecho el silencio de la orquesta y corro a colocarme detrás. Su cólera de los momentos anteriores cede para convertirse en una bonachona mansedumbre, indulgente y como arrepentida... Nunca volví a ver a Silvestre desde el sitio de los músicos...

Un hombre, hemipléjico, entró al palco de los Reyes.

—Don Alfonso, soy Rubén Salazar Mallén, periodista, amigo de Jorge Cuesta, aproveché el entreacto para presentarme.

Reyes sabía quitarse de encima a los proverbiales inoportunos, con una afabilidad cortante y el obsequio, inmediato, de su tarjeta de visita, para que, con ella, se llevara a cabo, después, la inefable visita con un manuscrito, o la petición de una entrevista, o alguna palanca solicitada por Zutanito.

"A este personaje" se dijo Reyes, "le dicen la svástica. Ahora es entenado de la embajada del Duce. Un fascista..."

Don Alfonso le entregó su tarjeta. Rubén la rechazó:

—Yo no lo admiro, Reyes, ni quiero nada de usted. Sólo deseaba conocerlo. Por curiosidad. Por morbo... Y ya que estoy aquí, si a la señora no le molesta, los acompañaré durante el tercer acto, que ya comienza...

Doña Manuelita miró con insistencia a su marido, quien aceptó resignadamente la intrusión.

El telón se levantó bruscamente. Alegría de fiesta en el escenario. Casas acastilladas destacaban su altura en el telón de fondo. El Rhin y sus viñedos. El rey, gordo y holgazán, levantaba de una mesa dizque gótica un gran tarro de cerveza. Estudiantes, judíos, pícaros y doncellas, vestidos de vivos colores, seguían los compases de la orquesta.

Algunos delicados agudos de las flautas llegaron hasta el palco de Vasconcelos, como meciéndolo hacia la Atlántida reconquistada.

Mefistófeles se adelantaba entre los grupos, cantando con ademanes y gestos sonrientes, el dúo del oro. Su poderosa voz confirmaba, brutal, el poder del dinero. En la instrumentación orquestal irrumpían claras y tin-

tineantes sonoridades, de ávido removedor de tesoros, las altas notas finales caían cortas y secas como triunfales martillazos acuñadores de oro divino.

Ese momento escogió Salazar Mallén para robar la cartera de Doña Manuelita. El intruso salió del palco de puntillas. Reyes, olímpico, lo había visto sin moverse. El ladrón hizo una sarcástica inclinación ante el palco de los Reyes y salió del Gran Teatro Lírico.

—Calla, mujer, calla, que ya nada puede hacerse. Mejor escucha la balada del rey de Tule, que es de lo mejor...

—Diablos arriba, diablos abajo —musitó la doña.

Pocos, en la butaquería, conservaban interés en la obra. Pero la claridad lunar iluminaba un jardín. Fausto y Margarita suspiraban.

Hacía rato que Julio Torri se había despedido a la inglesa. Novo salió después. Tenía cita en el *Leda* y había tomado las notas mentales para su crónica de mañana en *Excelsior*. "El *Fausto* de Gounod, enésima manifestación del mal gusto del público indígena. Aplaudieron a rabiar a una compañía que habrían apedreado en el villorrio más rústico de la Turena. Pero estaban los 300 y algunos más..."

Martín Luis Guzmán era el único que no se había movido de su palco durante toda la velada. Hierático, se apoyaba en el mentón y diseccionaba agudamente a la multitud de soldados bicolores, armados a la gótica y en marcha, levantando un polvillo sutil sobre las tablas mal regadas. Cantaba un coro vigoroso: la caminata festiva del pueblo que tomó su nombre del infortunado germánico, el cónsul que no llegó a emperador.

Por encima de los gorros cuadrados de los ballesteros se agitaba el ancho estandarte del sacro imperio, negro, rojo y dorado. Vasconcelos amaba esa hermosa bandera.

Fue entonces cuando un sordo rumor surgió del fondo del patio de butacas.

Era la hora tranquila en que los tramoyistas van a beber.

Cuando el fantasma de la ópera dice palabras inconvenientes y extravagancias sutiles al oído de los abonados.

Una multitud de frac corrió hacia el vestíbulo. Las alocuciones vehementes de los jefes de servicio se mezclaban con los gritos de los tramoyistas.

El caos venía tanto del vestíbulo como tras bastidores y entrecajas. Los figurantes del último cuadro se tropezaban con las figurantas de la siguiente escena. Ya había empezado el cuarto acto, esa noche de Walpurgis clásica, cuando Fausto emprende la búsqueda de Helena. En el Peneo superior, Mefistófeles y su homúnculo alientan el coro híbrido de grifos, esfinges y sirenas que celebran aquelarre.

Fausto, utilizando una puerta practicable —aquella que además de figurada, es útil— entra al cuadro y reconoce a quienes tentaron a Ulises y Edipo.

Dúo entre Fausto y Mefistófeles interrumpidos por el coro mixto de gorgonas y brujas, síntesis de los berridos del paganismo y del cristianismo.

—¿Y a ti ya te dijo algún secreto el fantasma de la opera?—, le preguntó, insensible al barullo, Villaurrutia a Pellicer.

—No. Se aparece justamente ante la noche de Walpurgis...

En ese momento se produjo algo... Quiero decir algo espantoso... Con movimiento unánime la sala se pone de pie... Espectadores y espectadoras se miran unos a otros como pidiéndose una explicación del fenómeno tan inesperado... El rostro de Fausto expresa el dolor más atroz. El pobre cantante, con la boca entreabierta, al terminar de decir

Mon coeur pénétré d'épouvante!
O torture!
O source de regrets et d'eternels remords
C'est elle, la voici,
la douce creature,
jetée au fond d'une prison
comme une vile criminelle!

Deja de cantar. Aquella boca dotada de la armonía, ágil instrumento de los dioses que nunca falla, órgano magnífico generador de las sonoridades más hermosas, de los acordes más difíciles, de las modulaciones más blandas, de los ritmos más ardientes, esa sublime mecánica a la que sólo faltaba el fuego del cielo para ser divina, esa voz ha callado totalmente. Bastaron unos segundos del silencio más conmovedor para que Mefisto, brujas, villamelones, *dilettanti*, damas y caballeros, se echaran al suelo.

¡Tiros en el concierto!

Un fuego granado de metralla disparaba sobre la enorme araña eléctrica del gran Teatro Lírico, que cayó sobre el patio de butacas, matando a varios e hiriendo a muchos.

—Esta noche han cantado tan mal que la lámpara tenía que caerse— dijo Cuesta y levantó los hombros, aliviado.

—¡Quién ha disparado! ¡Quién se atreve a incendiar el foro con su ira!—, gritó Reyes, quien cubría el cuerpo de Manuelita con más gallardía que eficacia.

El cuerpo de bomberos, destacado por rutina fuera del gran Teatro Lírico, entró a la sala oscurecida y humeante.

Revueltas, barbas de chivo, arenga desde su butaca a la muchedumbre despavorida:

—¡Es el fantasma de la ópera que venga a los obreros de la comuna de París! ¡El mundo fariseo de la pseudoconcreción se viene abajo! ¡La revolución!

Desde su palco, Vasconcelos saca su pistola, aquella

que le regaló la diosa Minerva y que Antonieta empleó para matarse. El maestro de América escupía soflamas ardientes:

—¡Raza indómita y maldita! ¡México es un río de sangre que no cesa!

—Formidable. La fiesta de las balas —advierte Guzmán, quien saca a los Reyes del edificio.

En el vestíbulo, Alfonso se tropieza con el panzón Rivera:

—Diego, por Zeus, esto es peor que aquel concierto de música "ruidista" al que me llevaste en París en el año de 1914...

Cuesta le cierra el ojo a Mefisto, el pobre diablo. El pacto final lo consumarán después. Nacerá el andrógino.

Revueltas se queda sin las masas. La cabeza sin proletariado. Lástima, el mitin estaba hecho. Siempre es inútil evitar que la historia se repita dos veces. Recuerda a Pablo Neruda, la noche del estreno del *Renacuajo paseador*. Le susurró al poeta: "Vengo de casa. Acaba de morir Silvestre. Eres el primero en saberlo."

El telón de boca se desplomó. El último de los episodios nacionales, vitral destruido, yacía en el suelo. El gran teatro Lírico empezó, al fin, a incendiarse.

En la calle, el embotellamiento era atroz. El coche de los Reyes estaba atascado. Guzmán, impasible, se acercó al rabioso Vasconcelos:

—Hombre, no pierdas la calma, vamos a conocer al general levantisco. Lo bautizaremos tú y yo, como a Villa...

—No te engañes, Martín, éste no es otro cuartelazo. Llegaron los bárbaros... raza insaciable que se ofrece en holocausto a Huichiperros... Sólo queda la cruz o la bomba.

Los poetas contemporáneos se alejan alegremente por la calle. Lejos, Salazar Mallén observa desde los arrabales la decadencia y la ruina del gran Teatro Lírico. Prende un cigarro y tira al arroyo la bolsa desvalijada de doña Manuelita.

Novo, enterado, cambiará su crónica:

"El lúcido estreno del *Fausto* resultó infáustico. Esta reunión de lo más granado de la Societat y de la Intelectualitat, se vio interrumpida violentamente por unos extraños tiros en el concierto, cuyos autores materiales e intelectuales no han sido localizados. La eficacia de nuestra política metropolitana dará cuentas claras a una nación nuevamente agredida por fuerzas oscuras que pretenden destruir la paz social que el arca de la alianza ha garantizado por los siglos de los siglos..."

En la penumbra de un bar, Cuesta le invita unos *dry-martinis* al joven Paz y le recuerda que Mefistófeles es aquel que al hacer el mal practica el bien...

Tiros en el concierto. Ya habrá tiempo de reponer la querella fáustica de los antiguos y los modernos.

* * *

Stendhal, al fin, apareció a mis espaldas.

—¿Debo decir que tú eres el fantasma de la ópera?

—Sí. Debes decirlo.

—Pero mis contemporáneos lo considerarán una falacia patética.

—No me interesan tus problemas retóricos. No son los míos.

—¿Te parece un buen final repetir que "los tiros en el concierto son un escándalo que arruina el orden de la representación estética e impone la voluntad política"?

—No. No es un buen final. Mejor vuélveme a citar. No busques *La cartuja* en el librero. Yo te dicto. En este, el siglo que soñé, se me ha refrescado la memoria:

—Estabais en el cielo y caísteis en un palco de la ópera. Pudo ser en una clase de canto, pues en arte, como en política, nunca se atenta impunemente contra la naturaleza. La política en una obra literaria es un pistoletazo en medio de un concierto, una cosa grosera y a la que, sin embargo, no se puede negar cierta atención. Hemos hablado de cosas muy feas, y que por más de una razón, quisimos pasar en silencio; pero nos vimos obligados a referirnos a ciertos acontecimientos que fueron de nuestro dominio, puesto que tuvieron por teatro el corazón de nuestros personajes.



Monasterio de Culhuacán